

TRES ABUELAS Y UN JOYERO DE IDA Y VUELTA

(TRILOGÍA DE HELSINKI 2)

Minna Lindgren

Primeras páginas

1

Un horrible escándalo la despertó y Siiri Kettunen creyó que había entrado en el infierno. Oyó un estruendo procedente de los pisos de arriba, martillazos al otro lado de la pared y un estrépito que llegaba desde algún lugar lejano, y recordó que hacía algún tiempo habían amenazado a los habitantes del Centro Residencial Geriátrico El Bosque del Crepúsculo con una reforma integral de la fontanería. En mayo, la residencia había sido cercada por andamios y envuelta en plástico, solo les faltaba un foso. Había que mantener las ventanas cerradas, al igual que las puertas de los balcones, y en el interior no entraba ni un rayo de luz. La primavera estaba siendo soleada y singularmente calurosa, pero los pisos estaban oscuros como la boca del lobo y el aire igual de viciado que en una sauna eléctrica.

Echó un vistazo al reloj de la radio situada sobre la mesilla de noche. Solo eran las seis y siete minutos de un lunes y en el edificio se estaba produciendo un auténtico sabotaje. Muy aplicados parecían aquellos obreros, aunque muchos residentes se habían cuestionado su capacidad al enterarse de que la empresa encargada de la ejecución de las obras era una contrata extranjera y de que la mayoría de los trabajadores procedían de Polonia, Rusia y Estonia.

El ruido se hacía cada vez más insoportable. Alguien aporreaba la pared con tal fuerza que Siiri temió que se desplomara todo el edificio. ¿Es que los obreros se imaginaban que los abuelos estaban sordos y por eso podían pasearse por allí de madrugada como unos chalados sin tener en cuenta a los residentes? Siiri se levantó despacio, posó sus ancianas piernas sobre el suelo de sintasol gris y aguardó un instante a que el zumbido de su cabeza cesara. Con la edad, las piernas se habían transformado en gruesas columnas, aunque de joven lucía unos tobillos tan bonitos que a su paso los hombres siempre soltaban piropos. Observó sus piernas ahora extrañas y escuchó el susurro en el interior de su cabeza. Qué raro. Cualquiera habría pensado que el ruido al derribar paredes y agujerear el suelo vencería al zumbido de sus escleróticos vasos sanguíneos, pero, por el contrario, sentía como si esa mañana su cabeza no fuera a calmarse.

Tiró de la bata que se encontraba a los pies de la cama, metió los pies en unas pantuflas y se levantó. No le agradaban las zapatillas, pero Irma la obligaba a llevarlas en casa. Si se le ocurriera corretear en calcetines por la casa, se resbalaría y se golpearía la cabeza e Irma no quería cuidarla si se quedaba inválida. Sonrió al pensar en su amiga y deseó que fueran ya las diez. A esa hora podría deslizarse al pasillo y luego a casa de Irma a tomar un café instantáneo y a leer el periódico. Pero todavía su amiga no estaba despierta, ni siquiera en medio de unas obras, pues tomaba los somníferos más potentes que podía.

—Son inofensivas —decía siempre haciendo con la mano un gesto despreocupado en el aire, de modo que sus pulseras doradas tintineaban—. Unas pastillitas para dormir. Con ellas no se te atonta la cabeza, solo te ayudan a dormir bien. Es importante que una persona mayor descanse y duerma bien. Siempre me tomo una con el whisky, lo que también me deja de lo más tranquilita.

Después de desperezar un instante sus miembros doloridos, Siiri fue a la cocina y se obligó a beberse dos vasos de agua. El segundo le costó mucho. Dio tres tragos, descansó un momento, respiró profundamente y volvió a tomar otro sorbo. Era importante beber mucho. Una de las cosas de la vejez era que uno se secaba, por eso hasta una persona de setenta años, alguien todavía joven, ya no toleraba el alcohol igual que antes y se marchitaba y le atacaban toda clase de achaques. Se le infectaban las encías, le picaba la piel y el vientre se obstruía. En lugar de medicinas, los médicos prescribían más agua.

Esa mañana, dos vasos normales le costaron un esfuerzo enorme. Al final consiguió llevar a cabo su deber y jadeó un momento, como tras una gran hazaña deportiva. Los porrazos y zumbidos se intensificaron. El estruendo procedía de todas las direcciones, del interior de su cabeza y del exterior y, si prestaba atención, incluso del otro lado de la puerta de entrada.

Miró desconfiada la puerta como si, al escudriñarla con mucha severidad, esta pudiera explicar de qué se trataba. Detrás parecía haber alguien de verdad con un mazo tratando de entrar. Siiri buscó un momento el bolso; no estaba ni en la mesa del teléfono ni en el salón, ni sobre la cama ni encima de la mesilla de noche, pero de pronto apareció sobre la silla de mimbre del pasillo, en su sitio. Se lo ensartó en el brazo como si fuera un seguro para el caso de que ocurriera algo malo y entreabrió con precaución la puerta.

—¡Quiquiriquí! —resonó en el pasillo, tan agudo y penetrante que las perforaciones y los golpetazos con el mazo se detuvieron un instante. También Irma estaba despierta—. ¿No es espantoso? ¡Como si estuviéramos en el infierno! Y allí es donde acabaremos si esto sigue así, pues no nos morimos como hace la gente decente. Ahora una pequeña eutanasia en grupo sería oportuna. Döden, döden, döden[1].

—¡Irma! ¿Cómo es que estás despierta tan pronto?

—¿Acaso estás sorda? Están echando abajo mi piso con un mazo. Allí que se me presentó un hombre barbudo de madrugada, enfiló directo al baño y empezó a armar estruendo. Con las prisas me eché algo por encima y vine a refugiarme aquí. ¿Tienes algo para desayunar?

En todos los aspectos Irma era una persona activa. Llevaba un elegante vestido veraniego azul y un chal claro de ganchillo sobre los hombros, pero calzaba unos extraños zapatos rosa, una especie de zuecos de plástico para la ducha.

—Son unos Crocs. Los lleva todo el mundo —dijo mientras abría el frigorífico de Siiri para ver si había tarta para desayunar—. ¿Has oído lo que hablaban los obreros entre ellos? Ya andaban vociferando en todas las lenguas del mundo detrás de la puerta de entrada antes de las seis. Pero uno de ellos sabía decir tacos en finés con gran habilidad. Soltaba un «joder» en cada frase y con eso me desperté.

Siiri jamás había oído esa palabra de los labios de su amiga. La miró atónita, pero esta ni se había inmutado, solo hurgaba en el frigorífico y tarareaba una canción de moda de su juventud: «Nos las arreglaremos, nos las arreglaremos, con un billete de cinco da para un café y un pastelito...».

Siiri ayudó a Irma a encontrar un bizcocho envuelto en papel de aluminio en las estanterías inferiores de la nevera. Era de anteayer o quizá lo había comprado en la tienda de la cadena de supermercados barata Alepa anteayer y lo habían horneado hacía un mes en la campiña de algún país báltico. Qué más daba, todavía sabía bien. Trató de coger agua del grifo, pero no salía nada. Habían cortado el agua sin avisar. Por suerte aún tenía un poco del día anterior en un cazo; la puso a hervir y sacó café instantáneo de la alacena. Sabía que a Irma le encantaba tomar el bizcocho mojándolo en el café.

—Es una tarta —dijo como era habitual—. La tarta hay que mojarla en el café, así está de rechupete. Por suerte este ruido no le embota a una el sentido del gusto.

Se sentaron a la mesa a disfrutar de la tarta y del café y hojearon el periódico del día. Les llegaba un constante soniquete procedente del piso de arriba, como si alguien taladrara con un martillo neumático el suelo, que era su techo. Al otro lado de la pared, en casa de Irma, unos golpes arrítmicos acentuados brindaban el contrapunto al estruendo cada vez que alguien golpeaba la pared o el suelo. El diario traía poquísimo que leer, como era habitual en la edición de los lunes estivales. Esquelas únicamente había dos y ambas igual de aburridas. Observaron un momento los títulos de los dos fallecidos: «Nuestro querido ingeniero superior universitario, abuelo y hermano»; «para nosotros tan querido director de zona del servicio municipal de saneamiento».

—¿De verdad dirán en serio que el tal Olavi Edvard ha sido para ellos un querido ingeniero superior universitario? —se preguntó Irma y empezó a reír de tal manera que el bizcocho se le fue por mal sitio. Tosió un rato, tosió y rio, agitando las manos y enjugándose con un pañuelo los ojos llorosos—. ¡Ay, ay, qué risa! ¿Ponemos en tu esquila «Querida empleada responsable de pasar textos a limpio»?

Tomó un largo trago de café y se echó de nuevo a reír. Luego respiró profundamente, miró el plástico gris con el que habían tapado las ventanas y sacó del bolso de mano un chisme verde.

—Es un aipad. Se escribe «iPad» y Anna-Liisa lo pronuncia como si fuera sueco.

—¿Lo compraste? —gritó Siiri horrorizada. Irma había amenazado con sus intenciones, pero no se podía imaginar que llegaría el día en que su amiga llevara de

verdad su propia tableta en el bolso. Y ahora estaba allí, en la mesa de Siiri, entre las migas del bizcocho—. ¿Pero no ha sido carísimo?

—Para nada —respondió acariciando aquella cosa plana como si fuera un animalito doméstico. Del aparato empezaron a salir sonidos, luego aparecieron imágenes en su pantalla. Así que era cierto que resucitaba con solo tocarlo, acariciándolo—. Bueno, no sé lo que costó, como lo compré con la tarjeta de socio de Stockmann y en el momento no se paga nada... Venga puntos. El vendedor me aseguró que era una buena compra. Duradero y de calidad, y además muy bonito, ¿verdad?

Irma continuaba acariciando aquella especie de tortita y la cosa la obedecía complaciente. En la pantalla apareció una baraja e Irma mostró lo práctico que era jugar al solitario sin cartas. Siiri, en cambio, opinaba que era estúpido. No quería contemplar a su amiga entretenida con el ordenador en su mesa del café. Deberían haber acabado de leer el periódico y haber conversado sobre temas mundanos para no perder el hilo de las cosas.

—¡Aquí también hay periódicos, aquí, en mi tableta! —canturreó Irma y su voz se alzó cual intensa soprano, elevándose por encima del ruido cacofónico de los obreros. Toqueteaba la pantalla y le clavaba el dedo consiguiendo que la máquina se pusiera nerviosa. Ya no hacía lo que le ordenaba—. Ayer mismo lo vi, seguro. —Irma cantó la canción de Los tres alegres bandidos mientras daba palmaditas imperativas al aparato—. ¡Venga, obedece ya, atontado!

Sus caricias cada vez se curvaban más y Siiri temía que Irma fuera a romper su caro aparato. Dobló el periódico y lo metió en la bolsa reservada al papel viejo junto a la puerta de entrada. También se oían martillazos en el corredor, no solo en el piso de Irma, y entre los golpes podían distinguirse gruñidos esclavos.

—Bueno, ahora no encuentro el periódico ese, pero seguro que anda por aquí, en las entrañas del iPad. El muchacho de la tienda me lo mostró, plis plas, y en la pantalla se veían los mismos artículos que ahora están en aquella bolsa para reciclar. Aunque no estoy muy segura de que hubiera necrológicas, seguramente sí, pues también han puesto en la red los epitafios.

—¿Eso de ahí es la red? —le preguntó Siiri con ligera desconfianza a su amiga, que había posado su nuevo juegucito en el regazo y resbalaba el dedo índice y el pulgar por él como si buscara pulgas en un gato.

—¡Ay, qué inocente! —chilló Irma y continuó agitando las manos—. Esto no es la red, con esto se entra en la red.

—Entonces, ¿dónde está?

—¿La red? Pues está... por todas partes... y en ningún lugar, para eso hay un nombre y todo. Anna-Liisa seguramente se acordaría...

—¿El espacio?

—Nada de eso. No se trata de astronomía, hasta un niño sabe usar un ordenador y ahora también yo, aunque esta máquina no me quiera hacer caso. Tenía que mostrarte algo muy gracioso que sin duda te iba a encantar. En el curso nos han enseñado que con este ordenador se pueden ver los tranvías, pero ahora no encuentro la app en ningún sitio. A estas cosas se las llama apps. ¿Lo sabías? ¿Será

eso una app? ¡Arrgh, ahora esto quiere jugar a los sudokus! ¿Por qué no me acompañaste al curso para aprender a usar una tableta?

A Siiri le daba miedo la simple idea. Nunca le habían gustado los cursillos y esas aficiones en las que había que hacer una regresión y volver a su época de escolar, por eso no había aprendido nada en las clases de Francés del instituto obrero nocturno, hacía mucho tiempo. Luego se había dado por vencida, aunque sus amigos habían empezado a aficionarse a distintos cursos tras la jubilación y de eso hacía ya..., madre mía, casi treinta años. En ese tiempo habría conseguido aprender muchos pasos de baile y estilos de tejer si hubiese querido. Pero se había limitado a pasear en tranvía, a ver la televisión y a leer libros, a releer los mismos libros una y otra vez. Se sentía perezosa y pasiva, tonta incluso, cuando contemplaba a su amiga entusiasmada pegándose con la tableta, que no accedía a hacer nada de lo que ella quería.

—Esto es imposible. Voy a cerrar este cacharro. ¿Cómo se cerraba? Ups; sí, era por aquí. Pero, créeme, con esto se puede comprobar en un mapa por dónde van todos los tranvías de Helsinki justo en este momento. En tiempo real, que dicen ahora. Puedes planificar tus entretenidos viajecitos de una manera totalmente nueva. O podrías, si te molestaras en interesarte por las posibilidades que te brinda la vida moderna.

Irma sonaba tan patética que Siiri sintió aún mayor cargo de conciencia ante su propia falta de iniciativa. ¿Con qué había desperdiciado todos los años de su vida? ¿Podría todavía recuperar de alguna manera los momentos perdidos? De pronto en el baño se oyó un espantoso aullido y luego un derrumbe. Durante un instante se hizo un horrible silencio. Las dos ancianas se miraron asustadas.

—¡Por todos los demonios! ¡Putra mierda!

Las palabras desaparecieron bajo el estrépito de un nuevo derrumbe. Irma apretaba el chisme verde contra su pecho. Sus ojos se abrieron como platos y trató de susurrar tan bajo como le fue posible:

—¡Te lo dije! ¡Saben decir palabrotas en finés!

Después del largo y angustioso silencio, se oyeron varios impactos consecutivos procedentes del baño y un desagradable tintineo, como si espejos y pequeños objetos rodaran hechos añicos por el suelo. La puerta del baño estaba entreabierta y a Siiri le pareció que por ella salía humo y entraba en el salón. Irma empezó a toser y a agitar las manos y Siiri se incorporó alarmada, pero se quedó clavada en su sitio. Tal vez el humo era en realidad polvo, sí, eso tenía que ser. Polvo de la obra, que había empezado a introducirse por todas partes; muchos habitantes de la residencia temían enfermar de asma.

Del baño salió un hombre barbudo corpulento con un mazo en la mano. No llevaba cascos protectores en las orejas ni un chaleco fluorescente, sino un mono repleto de bolsillos y eslabones por todas partes y otra clase de interesantes partes salientes. Irma chilló y apretó con más fuerza su chisme contra el pecho, como si se tratara de un escudo protector contra guerreros que atacaban desde el espacio exterior.

—¡Me cago en diez! —dijo el hombre en un finés claro sin mirarlas. Tal vez creía que estaba solo. Paralizada, los ojos de Siiri apuntaban al extraño. Sintió un

desagradable dolor punzante en la cabeza y no se atrevía siquiera a respirar—. ¡Coño, joder! —continuó el hombre y soltó el mazo sobre el suelo y Siiri temió que abriera un boquete a la vivienda de abajo. No recordaba quién se había mudado al apartamento de abajo después de que la mujer gorda se marchara, es decir, se hubiera muerto. Y de eso hacía ya un tiempo, por lo menos un año, tal vez incluso más.

Siiri miraba a su alrededor y se concentraba en respirar. El barbudo cubierto de polvo de obra estaba de pie en su salón, estancado. Irma deslizó despacio su caro tesoro en el bolso y se lo colocó sobre el regazo para poner a buen recaudo su propiedad. Cuando Siiri hubo recobrado el aliento y la molesta punzada hubo desaparecido de su cabeza, decidió ponerse derecha y caminó decidida hacia el hombre.

—Buenos días. Me llamo Siiri Kettunen —se presentó tendiendo la mano—. Perdone que esté en albornoz, pero no sabía que aparecería usted por aquí de esta manera.

El operario miró pasmado a aquella mujer de noventa y cinco años de cabellos blancos envuelta en una bata desgastada cuyos ojos empalidecidos lo observaban con risueña curiosidad. Su mano sucia aceptó vacilante la mano de Siiri y empezó a hablar mal en inglés. Explicó rascándose la barriga que había sido un accidente. No tenía la intención de entrar atravesando la pared. Les pidió que se calmaran, aunque en su opinión ambas mujeres se habían comportado con bastante serenidad en aquella situación surrealista, y echó un vistazo a su alrededor para comprobar por dónde podía salir.

—Si es tan amable... —dijo Siiri abriéndole la puerta al perdido hombre del mazo, quien con un par de zancadas de sus grandes botas mugrientas salió al corredor dejando tras de sí huellas en el suelo, terrones de hormigón y un enorme agujero en la pared que comunicaba los pisos de las dos amigas.

Desde el lado de Irma penetraba un tenue aroma a agua de colonia en el hasta hacía poco impoluto baño de Siiri.

—¡Que el cielo nos proteja! —exclamó Siiri en voz baja contemplando el cuarto de baño. En la zona de la ducha estaba el agujero, hermosamente redondo, por el que había entrado el hombre, con el suelo cubierto de pedazos de hormigón, fragmentos de azulejos y otros trastos. Un par de tuberías y un trozo de cañería sobresalían feos de la pared que se había desprendido. El lavabo seguía en su sitio, pero el armario sobre él colgaba torcido y todos los objetos se habían derramado por el suelo. Botellas, botes rotos y otros artículos de aseo habían salido despedidos en medio de aquel desaguizado.

—¡Los estragos del terror! —Irma lanzó un alarido. Por fin se había levantado de la silla para contemplar las huellas del obrero canalla y estiraba el cuello detrás de su amiga—. ¡Qué acto más vergonzoso!

Por el agujero se veía la casa de Irma. Era difícil asomarse porque había muchos escombros, pero Siiri distinguió el lavabo de Irma, arrancado de cuajo y agrietado delante del boquete. Resoplaron y se lamentaron hasta quedarse sin fuerzas. Nada iba a mejorar por mucho que maldijeran a los obreros inmigrantes, las reformas generales de fontanería y El Bosque del Crepúsculo, donde no se sabía gestionar

nada en condiciones. Irma fue la primera en ponerse en marcha abandonando el umbral del baño, caminó en círculos y se desplomó sobre el sofá de su amiga. Luego rompió en risas. De esa manera tan maravillosa como solo ella sabía reír: empezaba gorjeando en un tono alto tintineante y paulatinamente descendía como una cantante de bel canto que se desliza del falsete a un staccato de registro de pecho. Luego se golpeteaba los muslos, al sosegar un poco se sacudía en su sitio y se secaba las lágrimas con su pañuelo de encaje. Siiri miró a su amiga con una sonrisa, apartó un par de cojines y se sentó a su lado en el sofá.

—Ay, ay, qué risa —gimoteó entre carcajadas—. ¡Al menos nuestra vida no es aburrida!

—¿Te has hecho pis en las bragas?

—¡Ahora sí que se me ha escapado! —chilló Irma y empezó a gorjear de nuevo alto y tintineante.

También Siiri se reía, aunque no sabía si aquello tenía algo de cómico, pero por lo menos su amiga sabía ser divertida.

—Döden, döden, döden —dijo en tono grave y suspiró hondo—. Desde luego, esta es una reforma práctica, un par de golpecitos contundentes en la pared del baño y, pumba, los apartamentos se transforman en un gran piso. ¿Te das cuenta de que ahora vivimos en la misma casa? Ya no tenemos que salir al pasillo y andar media hora buscando las llaves antes de ir a casa de la otra a tomarnos un café con tarta.

—Eso es cierto —convino Siiri, meditando sobre las posibilidades que originaba la situación—. Y cuando vayas al baño, yo lo oiré todo desde la cocina.

Irma chilló de júbilo, se echó a reír de nuevo. Siiri se levantó para vestirse, pues parecía que ese iba a ser un día animado: no estaba dispuesta a recibir más visitas en camisón y bata.

Después de esperar lo que les pareció una eternidad a que el hombre del mazo y de las palabrotas regresara, como creían que había prometido, se hartaron. Irma echaba de menos un poco de vino tinto y a Siiri se le ocurrió ir a las oficinas de la planta baja a averiguar si alguien tenía la intención de hacer algo. Recogieron sus bártulos, en otras palabras, sus bolsos y llaves, y se encaminaron a la planta baja olvidando dichosas que aún eran las siete menos cuarto.

2

En el vestíbulo de El Bosque del Crepúsculo reinaba un fuerte alboroto. Las lámparas de hospital brillaban intensamente, pues no entraba luz del exterior. En el aire viciado, entre martillazos y estruendo, vagaban ancianos a cuál más confuso. Algunos vestían con formalidad, como Irma y Siiri, dejando a un margen los ridículos zuecos de goma de la primera, pero muchos se habían puesto en movimiento en camisón. Nadie sabía qué hora era, en qué época del año vivían, por qué se encontraban allí. La directora, Sinikka Sundström, aún no se había presentado a trabajar y la joven enfermera del turno de noche y la cosmetóloga filipina que hacía la pedicura, Elelibeth Bandong, trataban de calmar a los inquietos ancianos.

—¿Ha atacado la Unión Soviética Helsinki? —les preguntó un abuelo encorvado a Irma y Siiri. Era el que se había mudado al piso de la mujer gorda hacía más de un año. Siempre llevaba una gorra con visera, incluso dentro del edificio, y andaba extrañamente arqueado hacia delante, balanceando los brazos a los lados sin avanzar en realidad a ningún sitio. Siiri se rio alegre de la ocurrencia, pero el pobrecillo no bromeaba. De verdad creía que la guerra de trincheras había finalizado y ahora las cosas iban en serio y su presencia era requerida en el frente. Tras él caminaban tres mujeres que preguntaron dónde estaba el refugio antiaéreo más próximo. Elelibeth Bandong y la enfermera española del turno de noche no comprendían qué significaba «Unión Soviética» ni «refugio antiaéreo».

—No pasa nada —dijo Siiri tomando al veterano del brazo—. Solo están cambiando las tuberías.

—¡La Unión Soviética ya no existe! —anunció Irma alegre y recibió una desconfiada mirada del corcovado. Las señoras seguían empeñadas en ir a un refugio, pero creían que esta vez el enemigo venía de oriente. Opinaban que era peligroso vivir en El Bosque del Crepúsculo.

—Aquí huele raro. Tal vez se hayan utilizado armas químicas o alguien haya detonado una bomba nuclear —explicaron. Irma y Siiri les aseguraron durante un buen rato que los estragos en la residencia no eran producto de una catástrofe, sino unas obras normales; pero las mujeres no se rendían. De pronto Irma se puso muy seria.

—Señoras, tienen que retirarse y dirigirse de inmediato en la dirección que indica mi dedo. Allí ha sido dispuesto un refugio temporal para la población civil y dentro de un momento se iniciará el abastecimiento de alimentos.

Con un gesto les indicó el comedor, cuya puerta acababan de abrir, y hacia allí enfilaron las mujeres, tan rápido como les permitían las piernas y los andadores, dispuestas a esperar órdenes más precisas.

—Esto viene como anillo al dedo —dijo Irma satisfecha mientras con la mirada buscaba conocidos entre la confusión. El veterano seguía agarrado a Siiri del brazo y parecía aguardar instrucciones concretas. También estando parado balanceaba el otro brazo y se tambaleaba tanto que a punto estuvo de caerse y arrastrar a Siiri consigo. Cuanto más oscilaba, con más firmeza se aferraba a Siiri, que le dio unas palmaditas en el hombro y pensó un instante qué decir. De alguna manera había que soltarse, pero repartir órdenes no se le daba tan bien como a su amiga.

—Tal vez usted también..., señor..., tal vez también usted podría ir al refugio antiaéreo a esperar el desayuno. No es bueno andar mucho tiempo por ahí con el estómago vacío.

Tres hombres con chaleco fluorescente y cascos protectores en las orejas pasaron a su lado arrastrando cables y unas bobinas amarillas. A su paso despejaban ancianos como si se tratara de bolsas de basura y refunfuñaban algo que sonaba a algún idioma eslavo, muy bonito. No era extraño que los ancianos más seniles creyeran haber aterrizado en una prórroga de la guerra de Continuación. Cuando el veterano y dos de las mujeres que buscaban un refugio se encaminaron hacia el comedor, se inició una especie de huida en masa. Todos se precipitaron a la sala creyendo que

allí se hallarían a salvo y les proporcionarían raciones de combate. Normalmente el desayuno no lo servían hasta las ocho, pero, dada la coyuntura, el escaso personal comprendió que había poderosas razones para empezar a servir el café antes de tiempo. Elelibeth Bandong y la enfermera española del turno de noche pastorearon a los asustados habitantes de El Bosque del Crepúsculo hasta las mesas.

—¡Quiquiriquí! —Irma dio una voz y agitó el brazo en alto. Había visto a los jóvenes amantes de El Bosque del Crepúsculo, es decir, a Anna-Liisa y al embajador, saliendo del ascensor. Él iba vestido con su pulcra ropa de diario, pantalones rectos grises y un batín marrón, y en los pies calzaba unos zapatos de piel marrón bien lustrados. Llevaba a Anna-Liisa del brazo, lo propio en un caballero. En la mano derecha, Anna-Liisa sujetaba un bastón que había recibido de su nuevo esposo como regalo de bodas, pues al contraer matrimonio había recobrado tales fuerzas que ya no empujaba su andador. Se había recogido el pelo en un moño y llevaba un vestido marrón, aunque en sus años de soltera solía ir con pantalones. En el dedo anular de la mano izquierda lucía su anillo de compromiso engastado con diez brillantes y en el cuello se había atrevido con un pañuelo verde. Parecían felices y hermosos al acercarse solemnes a Irma y Siiri.

—¿No es espantoso? —espetó Siiri enseguida, aunque los recién llegados aún no habían alcanzado siquiera a acomodarse en la mesa de juego.

—¿Cómo? —preguntó el embajador. El ruido era mayúsculo.

Seguían reuniéndose a diario en un rincón del área de recreo, alrededor de la mesa de juego de caoba cubierta por un tapete para echar una partida o simplemente por el gusto de hacerse compañía. De su círculo de cartas inicial muchos habían fallecido: el último, Reino, el regente de imprenta, y la señora de la pamelela y la señora gorda de la escalera A, pero también habían aparecido miembros nuevos. Margit se sentaba con ellos tan a menudo como se lo permitían sus otras tareas.

—¡Esto es peor que la guerra de Invierno! —gritó Irma.

—Venga, no exageres —rep ...